



VITA CHRISTI

1. LA INFANCIA DE NUESTRO SEÑOR¹

DE LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Después que se cumplió el tiempo que la divina Sabiduría tenía determinado para dar remedio al mundo, envió el ángel san Gabriel a una virgen llena de gracia, la más bella y la más pura y escogida de todas las criaturas del mundo, porque tal convenía que fuese la que había de ser Madre del Salvador del mundo. Y después que este celestial embajador la saludó con toda reverencia, y le propuso la embajada que de parte de Dios le traía, y le declaró de la manera que se había de obrar aquel misterio, que no había de ser por obra de varón sino por Espíritu Santo, luego la Virgen con humildes palabras y devota obediencia consintió a la embajada celestial, y en ese punto el Verbo de Dios omnipotente descendió, en sus entrañas virginales, y fue hecho hombre, para que de esta manera haciéndose Dios hombre, viniese el hombre a hacerse Dios (cf. Lc 1,26-38).

Aquí puedes primeramente considerar la conveniencia de este medio que la sabiduría de Dios escogió para nuestra salud –de la manera que en el preámbulo precedente está dicho– porque ésta es una de las consideraciones que más poderosamente arrebató y suspende el corazón del hombre en admiración de esta inefable sabiduría de Dios, que por tan conveniente medio encaminó el negocio de nuestra salud, dándole juntamente con esto gracias, así por el beneficio que nos hizo, como por el medio por que lo hizo, y mucho más por el amor con que lo hizo, que sin comparación fue mayor.

Después, de esto pon los ojos en las virtudes excelentes de esta Virgen que Dios escogió para su Templo y morada. Mira primeramente la pureza y gloria de su virginidad, pues ella fue la primera que trajo esta invención al mundo, haciendo voto de perpetua virginidad. Mira su clausura y recogimiento, cual convenía a tal propósito, y los ejercicios espirituales de oraciones y lágrimas en que gastaría las noches y los

¹ Publicado en *Vida Sobrenatural*, 91 (2011) 451-461.

Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 362-365.366-367.370-372.373-375. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original.





días en aquel su retraimiento. Mira el rigor de su silencio, pues entre tantas palabras como habló el ángel, habló ella tan pocas y tan necesarias. Mira también su humildad y obediencia en aquel final consentimiento que dio al ángel, diciendo: «Ecce ancilla Domini...» (Lc 1,38). La humildad en llamarse «sierva» la que era escogida por madre, y la fe en creer tan grandes misterios sin pedir señal, como Zacarías y como otros pidieron, y la obediencia, en resignarse y entregarse en las manos del Señor para lo que de ella quisiese hacer.

Mas sobre todo esto es mucho más para considerar los movimientos, los júbilos y los ardores que en aquel purísimo corazón entonces habría con la llegada del Espíritu Santo, y con la encarnación del Verbo Divino, y con el remedio del mundo, y con la nueva dignidad y gloria que allí se le ofrecía, y con tan grandes obras y maravillas como allí le fueron reveladas y obradas en su persona. Mas ¿qué entendimiento podrá llegar a entender esto como ello fue?

LA VISITACIÓN A SANTA ISABEL

Como el ángel dijo a la Virgen que su parienta Isabel en su vejez había concebido un hijo, dice el Evangelista que partió luego con gran prisa a visitarla. Y entrando en su casa y saludándola humildemente, así como oyó Isabel la salutación de María, saltó de placer el niño en su vientre. Y en este punto fue llena del Espíritu Santo Isabel, y exclamó con una grande voz, diciendo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre ¿Y de dónde a mi tan grande bien que la Madre de mi Señor venga a mí?» (cf. Lc 1,39-56).

Tres personas tienes aquí en que poner los ojos: el niño san Juan, su madre y la Virgen. En el niño considera una tan extraña manera de movimiento y sentimiento como fue el que tuvo en la presencia de Cristo. Porque allí le fue acelerado el uso de la razón y le fue dado conocimiento de quién era el Señor que allí venía. De lo cual fue tan grande la alegría que recibió en su voluntad, que vino a hacer aquella manera de salto y movimiento con el cuerpo, por la grandeza de la alegría del espíritu. Donde podrás ver qué tan grande sea el misterio y beneficio de la encarnación de Cristo, pues con tal manera de sentimiento y reverencia quiso el Espíritu Santo que fuese por este niño celebrado, y por consiguiente, qué es lo que debe hacer el que es ya hombre perfecto, pues este niño encerrado en las angosturas del vientre de su madre tal sentimiento tuvo.

Mas en la madre considera qué tan grande sería la admiración y alegría de esta santa mujer con el súbito resplandor de tan grande luz —que es con el conocimiento de tan grandes maravillas como allí le fueron reveladas— pues en aquel instante por una muy alta manera le fue hecha revelación cuasi de todo el discurso del Evangelio. Porque allí conoció que aquella doncella que tenía delante era Madre de Dios, y que había concebido del Espíritu Santo, y que el Hijo de Dios había encerrado en sus





entrañas, y que el Mesías era ya venido, y que el mundo con su venida había de ser reformado, y finalmente allí conoció todo lo que el ángel con la misma Virgen había tratado.

Pues si el estilo del Espíritu Santo es dar el sentimiento de la voluntad conforme a la lumbre que da al entendimiento, ¿cuáles serían los ardores y sentimientos de aquella santa voluntad, precediendo tal lumbre en el entendimiento? No hay palabras que basten para explicar esto cómo es, para que por aquí veas cuán grandes sean los dones y favores de Dios, aun en esta vida mortal, para con los suyos.

Entendido por esta vía el corazón de esta santa mujer, trabaja como pudieres por entender el corazón de la Virgen y las palabras de aquella maravillosa canción que allí cantó sobre este tan alto misterio. Mira cuán alabada es allí la humildad, cuán detestada la soberbia, y cuán encarecida la misericordia, la fidelidad y la providencia paternal de Dios para con los suyos.

Oh, bienaventurada Virgen, ¿qué sentía tu piadoso corazón cuando decías: «Engrandece mi ánima a Dios, y mi espíritu se alegró en Dios, e hizo en mí grandes cosas el Todopoderoso» (cf. Lc 1,47-49)? ¿Qué grandezas y que maravillas eran ésas? No es dado a nosotros escudriñarlas, sino maravillarnos, y alegrarnos, y quedar atónitos con la meditación de éstas, ¡Oh, dichosa suerte la de los justos, pues tan altamente son a veces visitados y consolados de Dios!

EL NACIMIENTO DEL SALVADOR

En aquel tiempo, dice el Evangelista que mandó el emperador Cesar Augusto que todas las gentes fuesen a sus tierras a inscribirse. Por cuya causa la sagrada Virgen caminó de Nazaret a Belén a cumplir este mandamiento, donde cumplidos los nueve meses, parió su Hijo, y –como dice el Evangelista– lo envolvió en pañales y recostó en un pesebre, porque no tenía otro más conveniente lugar en aquella posada (cf. Lc 2,1-20).

Aquí puedes primeramente considerar el sufrimiento que la Virgen pasaría en este camino, pues el tiempo era tan contrario al caminar, y ella era tan delicada, y la despensa y provisión para el camino tan pobre. Camina, pues, tú con el espíritu en esta santa romería, y sigue estos pasos piadosos, y sirve en lo que pudieres a estos santos peregrinos, y mira cómo en todo este camino unas veces hablan de Dios, otras van hablando con Dios, unas veces orando, otras dulcemente hablando, y así alternando los ejercicios, vencían el sufrimiento del caminar.

Pon luego los ojos en la sacratísima Virgen, y mira con qué amor y reverencia abrazaría aquel santo Niño, cómo lo adoraría, con qué devoción lo arrimaría a sus pechos y le daría su leche, y cuáles serían allí las alegrías de su corazón, cuántas las





lágrimas de sus ojos viéndose Madre de tal Hijo, viéndose abrazada a tal tesoro, y viéndose finalmente parida sin dolor ni menoscabo de su pureza virginal.

Mira luego con cuánta devoción y compasión lo acostaría en aquel pesebre, donde hallarás maravillosos ejemplos de humildad, pobreza, aspereza y caridad del Hijo de Dios ¿Qué mayor humildad que nacer en un establo? ¿Qué mayor pobreza que los pañales en que fue envuelto? ¿Qué mayor aspereza que ser en tan tierna edad reclinado en un pesebre? ¿Qué mayor caridad que ponerse a padecer todos estos sufrimientos por nuestra causa el Señor de todo lo criado? Y mira cómo las cosas más bajas escogió Dios, por donde parece que éstas deben ser las mejores, aunque todo el mundo lo contradiga.

También tienes aquí que mirar –además de aquellas dos resplandecientes lumbres: Madre e Hijo– las lágrimas y alegría del santo José, los cantares de los ángeles, y particularmente la devoción de los pastores. Y si tú quieres que te quepa alguna parte de esta fiesta como a ellos, trabaja por imitar la simplicidad, la humildad, la pobreza y las vigias de ellos, y serás visitado por los ángeles y cercado de luz como ellos. No seas doblado, ni malicioso, ni ambicioso, conténtate con las riquezas de la simplicidad, vive según naturaleza, y luego este Niño, amador de simples y de niños, te hará participante de estos misterios.

Al cabo de todo esto mira cómo la sacratísima Virgen meditaba y confería todos estos misterios en su corazón –como dice el Evangelista– para que por aquí veas cuán alto y cuán divino ejercicio sea la meditación de la vida de Cristo, pues aquella que fue consumadísimo dechado de toda perfección y contemplación, tan a la continua se ejercitaba en él.

PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Cumplidos los cuarenta días que mandaba la ley para que se purificase la mujer que paría, dice el Evangelista que fue la Virgen a Jerusalén a cumplir esta ley y ofrecer el santo Niño en el Templo. Donde fue recibido en los brazos del santo Simeón, que tanto tiempo aguardaba por este día, y donde también fue conocido y adorado por aquella santa viuda Ana, que acudió allí en esta ocasión (Lc 2,22-38).

Aquí puedes primeramente considerar la humildad profundísima de esta Virgen, que habiendo quedado de aquel parto virginal más pura que las estrellas del cielo, no se desdeñó de cumplir las leyes de la purificación y ofrecer un sacrificio que pertenecía a mujeres no limpias. Donde verás cuán diferente camino llevan la Madre y el Hijo del que llevamos nosotros. Porque nosotros queremos ser pecadores, y no queremos parecerlo, mas Cristo y su Madre no quieren ser pecadores, y no se desdeñan de parecerlo. Porque del Hijo se dice que después de los ocho días se sometió al remedio de la circuncisión –que era señal de pecadores–, y de la Madre que





Textos de espiritualidad dominicana

después de los cuarenta días se sometió a la ley de la purificación, que era sacrificio de no limpias.

Considera también la grandeza de la alegría que aquel santo Simeón recibiría con la vista y presencia de este Niño, la cual excede todo encarecimiento. Porque cuando este varón, que tanto celo tenía de la gloria de Dios y de la salud de las animas, y que tanto deseaba ver antes de su partida. Aquel en cuya contemplación respiraban los deseos de todos los padres, y en cuya venida estaba la salud y remedio de todos los siglos, cuando le viese delante de sí, y le recibiese en sus brazos, y conociese por revelación del Espíritu Santo que dentro de aquel corpecico estaba encerrada toda la majestad de Dios, y viese juntamente en presencia de tal Hijo tal Madre, ¿qué sentiría su piadoso corazón con la vista de dos tales lumbreras y con el conocimiento de tan grandes maravillas? ¿Qué diría? ¿Qué sentiría? ¿Qué sería ver allí las lágrimas de sus ojos, y los colores y alteración de su rostro, y la devoción con que cantarían aquel suavísimo cántico en que está encerrada la suma de todo el Evangelio?

¡Oh, Señor, y cuán dichosos son los que os aman y sirven, y cuán bien empleados sus sufrimientos, pues aun antes de la paga advenidera tan grandemente son remunerados en esta vida!

Después que así hubieres meditado el corazón de este santo viejo, trabaja por considerar y entender el corazón de la santísima Virgen, y hallarla has por una parte llena de inefable alegría y admiración, oyendo las grandezas y maravillas que de este Niño se decían, y por otra, llena de grandísima e incomparable tristeza mezclada con esta alegría, oyendo las tristes nuevas que este santo varón del mismo Niño le profetizaba.

Pues ¿Por qué quisiste, Señor, que tan temprano se descubriese a esta inocentísima esposa tuya una tal nueva, que le fuese perpetuo cuchillo y martirio toda la vida? ¿Por qué no estuviera este misterio debajo de silencio hasta el mismo tiempo del sufrimiento, para que entonces solamente fuera mártir, y no lo fuera toda la vida? ¿Por qué, Señor, no se contenta tu piadoso corazón con que esta doncella sea siempre virgen, sino quieres también que sea siempre mártir? ¿Por qué afliges a quien tanto amas, a quien tanto te ha servido, y a quien nunca te hizo por donde mereciese castigo?

Ciertamente, Señor, por eso la afliges, porque la amas, por no defraudarla del merito de la paciencia, y de la gloria del martirio, y del ejercicio de la virtud, y de la imitación de Cristo, y del premio de los sufrimientos, que cuanto son mayores, tanto son dignos de mayor corona. Nadie, pues, infame los sufrimientos, nadie aborrezca la cruz, nadie se tenga por desfavorecido de Dios cuando se viere atribulado, pues la más amada y más favorecida de todas las criaturas fue la más lastimada y afligida de todas.





CUANDO SE PERDIÓ EL NIÑO JESÚS

Siendo ya el Niño de doce años, subiendo sus padres a Jerusalén –según la costumbre del día de la fiesta–, quedose el Niño Jesus en el Templo, sin que ellos lo supiesen. Y después de que lo echaron de menos y lo buscaron tres días con grandísimo dolor, vinieron a hallarlo en el Templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles muy sabiamente, y poniendo a todos en admiración con la grandeza de su prudencia y con sus respuestas (cf. Lc 2,41-50).

Aquí puedes considerar primeramente cuán grande sería el dolor que la sacratísima Virgen en estos tres días padecería, habiendo perdido un tan grande y tan incomparable tesoro, y con cuanta diligencia, con cuánto cuidado y con cuántas lágrimas lo buscaría por todas partes, y con cuanta devoción y humildad por una parte suplicaría a Dios le mostrase aquel tesoro, y con cuánta obediencia, por otra parte, se resignaría en sus manos y haría sacrificio de sí y de su amantísimo Isaac (cf. Gn 22,1-19) al común Señor de ambos.

Pues ya, cuando pasados estos tres días de tan grande martirio, lo viniese a hallar en causa de tanta admiración, ¡cuál sería allí su gozo y su alegría! ¡Cuán dulces abrazos le daría! ¡Cuántas lágrimas derramaría! ¡Cómo se encontrarían allí las lágrimas del dolor y de la alegría juntamente, las del dolor, por haberlo perdido, y las de la alegría, por haberle hallado de la manera que le halló! Por donde conocerás cómo no es perpetua la consolación ni la desconsolación de los siervos de Dios en este mundo, porque el Señor que a tiempos los aflige y ejercita, a tiempos también los consuela, y según la muchedumbre de los dolores de su corazón, así y mucho mayor es la de su consolación.

Aprende también de aquí a no desmayar cuando algunas veces perdieres de vista este Señor –quiero decir, la alegría y consolación espiritual que de Él nos viene– pues esta sacratísima Virgen lo perdió sin culpa suya, por sola voluntad y dispensación divina. Y aprende también de ella a resignarte en las manos del mismo Señor cuando así le perdieres, estando aparejado a padecer el martirio de esta ausencia por todo el tiempo que Él fuere servido, aunque no por eso debes aflojar ni descuidarte cuando así lo vieres, antes, en este tiempo debes andar con mayor recaudo, y buscar lo que perdiste con mayor cuidado, como lo hizo esta Virgen, la cual perdió a tiempos este tesoro para nuestro consuelo, y después lo buscó para nuestro ejemplo, y finalmente lo halló para nuestro esfuerzo. Porque por esta causa hace el Señor estas ausencias: para darnos materia de todos estos ejercicios de virtudes. Se va para humillarnos, viene para consolarnos, y se entretiene para probarnos, y purgarnos, y ejercitarnos, y darnos conocimiento de lo que somos.

Por último, considera la sumisión y obediencia de este Señor para con sus padres –de que hace mención el Evangelista– para que, admirado de tan grande





Textos de espiritualidad dominicana

obediencia y confundido de tu gran soberbia, aprendas de aquí a someterte y obedecer no solamente a los iguales y mayores, sino también a los menores, a ejemplo del Señor. Y mira cómo desde esta edad hasta los treinta años de su vida no se escribe que predicase ni que hiciese alguna maravilla, aunque no hizo poco en callar todo este tiempo, para enseñarnos a no hablar ni predicar antes de tiempo, para que el mismo Señor que es maestro del hablar, nos lo fuese también del silencio, que no es menos necesario.

FRAY LUIS DE GRANADA

